

ponder á las obligaciones que contrajo en tan alto puesto. Las miserias del erario afligian su alma caritativa, y muchas veces auxiliaba de su bolsillo á las viudas y á los pobres inválidos. Cuando estaba más dedicado á la introduccion de mejoras en los ramos de la administracion, una fiebre pútrida terminó su vida el 1º de Marzo de 1835, y su entierro se celebró con la pompa debida á la gerarquía á que le habian elevado sus servicios.

Ligado el nombre del General Barragan á uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia, cual fué la rendicion del último baluarte de la dominacion española en México, no pasará como el de tantos otros defensores de la libertad á quienes se deben servicios de la mayor trascendencia, pero que no tuvieron oportunidad de figurar en alguno de los acontecimientos más prominentes, que son de los que los historiadores se ocupan. Cúpole tambien en suerte bajar al sepulcro cuando regenteaba la primera magistratura del país, y por eso se le tributaron los homenajes á que era acreedor. Tal vez á esta última circunstancia se deba que existan datos para trazar su biografía.

No le hirió la ingratitud de sus conciudadanos, porque murió en el poder. Veleidosos los pueblos, adoradores del hombre de quien algo tienen que esperar, olvidan casi siempre los hechos más gloriosos, los servicios más eminentes, si los sucesos posteriores alejan del mando ó destituyen de influencia política á los más encumbrados personajes. Recorred las páginas de nuestra historia política, y multitud de hechos en ella consignados os harán reconocer esta verdad desconsoladora.

### BARRAZA, José L.

La ciudad de Santiago Papasquiario, en el Estado de Durango, fué cuna el 24 de Junio de 1787 del Sr. D. José Loreto Barraza. Sus padres, D. José Trinidad Barraza y Dª Concepcion Carrasco, se esmeraron en proporcionarle no solamente educacion mo-

ral, sino darle una carrera literaria, poniéndole en el Colegio Seminario de Durango de que llegó á ser aventajado discípulo.

A principios del siglo actual, vino el joven Barraza á México á continuar sus estudios en el Colegio de San Ildefonso, que gozaba de gran reputacion. Pronto se distinguió entre sus condiscípulos, mereciendo el primer puesto entre los gramáticos. En las cátedras de filosofía aumentó su fama, sustentando con lucimiento los actos públicos de lógica y metafísica, y de todo el curso, y mereciendo la calificacion suprema.

Inclinado a la carrera eclesiástica, dedicóse con empeño al estudio de la teología y fué señalado para sustentar el acto menor de estatuto. Entró á la compañía de Jesus, y siendo novicio de ella, desempeñó en 1816 el acto mayor, con motivo de la solemnidad literaria con que el Colegio de San Ildefonso celebró la consagracion de su rector el Sr. Castañiza, que acababa de obtener la mitra de Durango.

Tres años ántes, el Sr. Barraza habia sido nombrado presidente de las academias del curso de artes que daba á la sazón D. Nicolás Aragon, presidencia que el ilustrado duranguense desempeñó con general aplauso. El renombre alcanzado en ese puesto le proporcionó diversos nombramientos honoríficos. Uno de sus admiradores, el Dr. Icaza, ofreció costearle la borla de doctor en teología; pero él, modesto en extremo, rehusó aceptar aquella oferta.

El Sr. Castañiza, que al encargarse de la mitra de Durango se propuso llevar á cabo importantes mejoras en la instruccion, pensó desde luego en el Sr. Barraza, cuya virtud y cuyas luces le eran conocidas, para colaborador de aquella empresa, y al efecto solicitó de la Compañía el especial favor de que su novicio el Sr. Barraza se trasladase á Durango.

Preciso es detenerse al llegar á este punto. Los grandes merecimientos de Barraza están demostrados con el hecho que acabamos de referir. El Sr. Castañiza, hombre esclarecido por su saber y por su virtud, al fijarse en aquel novicio de la Compañía de Jesus para que le ayudase en la tarea que iba á emprender, dió el testimonio más elocuente del gran concepto que de

él se tenía formado, y la célebre Compañía, al consentir la solicitada traslación, reveló que tenía la certeza de que Barraza desempeñaría con honra propia y de sus hermanos el puesto á que se le llamaba.

Cuando llegó á Durango el Sr. Barraza tocaba á su término el curso de artes que habia abierto el esclarecido D. Antonio López de Zubiria, que más tarde fué obispo de la diócesis. Bajo la direccion de éste se habian formado sacerdotes que llegaron á dar lustre al seminario duranguense, y para sustituirle dignamente se necesitaba un maestro de igual renombre. Pues bien. Barraza fué el designado para el siguiente curso á cincuenta y dos jóvenes que emprendian el estudio de la filosofía. Dos años y medio, con perseverancia, con asiduidad, vivió consagrado exclusivamente á aquella tarea. Los resultados fueron sumamente satisfactorios; el lucimiento de las funciones literarias de ese período probaron el acierto del maestro, y más tarde sus discípulos llegaron á los primeros puestos en la iglesia y en el foro, en la magistratura y en los puestos de la administracion pública. Barraza en la cátedra dejó recuerdos imborrables: sus discípulos veian en él no sólo á un maestro, sino á un padre bondadoso que estaba dispuesto á ayudarles y servirles; jamás á exigir lo que no fuese voluntario.

Orador sagrado, Barraza alcanzó gran renombre. A él fué encomendada la oracion latina de las solemnes exequias de Carlos IV, verificadas en la catedral de Durango. “En sus discursos no se sabia qué elogiar más—dice uno de sus coetáneos—si la imaginacion del orador, si lo patético del discurso, si la vehemencia de las frases, si la majestad de la expresion, si la energía y profundidad de los pensamientos ó el espíritu de unidad en el estilo; que no se desmintió en lo más mínimo. Su modestia nos hizo perder piezas que deseáramos que se conservasen en honor de Durango; mas su mérito no podia quedar sin premio, y lo tuvo muy cumplido en haberse confirmado el concepto que se habia formado de él, y en suponérsele capaz de los cargos más honoríficos: de aquí parece haber tenido origen la brillante aureola que jamas le abandonó en el período de más de vein-

te años; el prestigio que conservó en todas las clases de la sociedad y el influjo extraordinario que ejercia en los negocios del Estado y de la Iglesia.”

El Sr. Barraza fué examinador sinodal del obispado, propuesto para gobernar la mitra cuando falleció el Sr. Castañiza, rector del Seminario, catedrático de teología, teólogo consultor y prebendado de la catedral de Durango.

Senador en 1825 y 26 al Congreso general; senador varias veces en el del Estado de su nacimiento; diputado desde 1836 hasta 1842, aparte de otras muchas comisiones importantes que desempeñó, el Sr. Barraza dejó en la historia política de Durango recuerdos no ménos brillantes que en la de su iglesia. Largos de referir serian sus servicios en la vida pública, servicios que no fueron un obstáculo para que llenase cumplidamente sus funciones sacerdotales.

En las épocas más agitadas, en medio de la lucha de las pasiones, el Sr. Barraza, querido y respetado por todos, ejercia saludable influencia moderando los ímpetus de los partidos contendientes, procurando el bien de Durango, no omitiendo esfuerzo por calmar los espíritus, por ejercer una mision de paz y de bondad. “Su genio fecundo, su imaginacion, su sagacidad habitual empleada en sacar partido de las circunstancias más tristes—dice un antiguo escritor, hablando del Sr. Barraza—eran todos sus recursos para avanzar en la carrera que habia emprendido.”

Este benéfico sacerdote falleció en los primeros días del mes de Octubre de 1843 despues de una enfermedad lenta y prolongada, en que le asistió el Sr. Zubiria, obispo de la diócesis. Este mismo ofició en los funerales del Sr. Barraza, que fueron espléndidos.

Poseemos varias poesías destinadas á honrar su memoria.

## BARBACHANO, Manuel.

A principios del presente siglo nació en la ciudad de Campeche el distinguido literato D. Manuel Barbachano. Era muy joven cuando sus padres, que nacieron en España, le enviaron á Madrid á hacer sus estudios hasta recibir el título de abogado. Su talento claro y su dedicacion le conquistaron bien pronto un lugar prominente entre sus condiscípulos, y el aprecio de sus maestros.

Acababa de recibir el título profesional cuando el gobierno español, queriendo utilizar sus luces, le nombró juez de una provincia. Estaba desempeñando aquel empleo, á satisfaccion de la sociedad y del gobierno, cuando al presentarse en la provincia la terrible epidemia del cólera en 1834, tuvo oportunidad de dar á conocer la energía de su carácter. Habiéndose mandado observar la más rigurosa cuarentena, un buque, burlando la vigilancia que habia y las repetidas órdenes de la autoridad, entró al puerto. Barbachano, demasiado joven todavía y de genio exaltado, tanto por sostener las disposiciones dictadas, como por el temor que tenia personalmente á la devastadora plaga, llegó al extremo de mandar que una batería hiciese fuego sobre los que así desobedecian á las autoridades que velaban por la sanidad del lugar.

Vuelto á Yucatan por los años de 1837 á 38, se consagró al servicio de su país, desempeñando con integridad é inteligencia los empleos para que fué designado.

Nombrado representante del Estado en el congreso general, vino á México. Suscitóse por aquella época la ruidosa causa del ministro Gutierrez de Estrada; la inmensa mayoría de la cámara estaba predispuesta, era hostil al ministro; abogar por él era exponerse, no sólo á singularizarse, sino tambien á atraerse la aversion de los demas diputados. Barbachano alzó la voz y luchó con energía, desatendiendo las invectivas de la oposicion.

Terminadas sus tareas legislativas, regresó á Yucatan, á pesar de que las buenas relaciones que en México adquirió y la aceptacion que alcanzaron sus escritos le habrian abierto aquí una senda más amplia y más provechosa que la que su Estado natal le ofrecia.

En 1849 fué electo senador.

No es en el desempeño de los puestos públicos en donde debemos buscar los títulos de Barbachano á la estimacion de sus compatriotas, sino en su carrera literaria, y muy particularmente en el periodismo á que consagró la mayor parte de su vida.

En sus escritos no sabe uno qué admirar más, si aquella facilidad asombrosa ó aquella originalidad que los caracterizaba. Castizos, elegantes eran los luminosos artículos de fondo que improvisaba en la misma imprenta, momentos ántes de entrar en prensa los periódicos que dirigia.

Como escritor satírico es el más notable de los que Yucatan ha producido, y aun podriamos decir que es uno de los más distinguidos no sólo de su Estado natal sino de la República. En su coleccion de "Artículos de costumbres" se halla verdadero deleite. Animadas son las escenas por él descritas, acabados los tipos que presenta, punzante la crítica que hace de las ridiculeces sociales. Leyendo á Barbachano, rie uno como si leyera un capítulo del Quijote.

Barbachano escribió varias piezas para el teatro, que fueron muy bien recibidas por el público, y con razon, pues encierran grandes y excelentes cualidades.

Los últimos años de la vida del escritor que nos ocupa fueron en extremo tristes. Aquel que en mejores dias se viera rodeado de distinciones, de honores y comodidades, sufrió las penalidades de la miseria, y al descender al sepulcro no pudo legar á sus hijos más que su nombre; ni aun siquiera tuvo una almohada para reclinar su cabeza al dormir el sueño eterno. El gobierno mismo á quien servia, por quien tanto habia trabajado pocos dias ántes, le negó sus auxilios, y el dia 9 de Mayo de 1864 sólo cuatro amigos fieles acompañaron el cadáver del excelente escritor, hasta la última morada.

Parécenos estar contemplando la escena de que hace veinte años fuimos testigos: humildísimo féretro encerraba el cadáver del festivo escritor, bajo las casi desiertas naves de la catedral de Mérida. Concluidas las preces de la iglesia, elevadas siempre ante numeroso concurso cuando se trata de rendir homenajes al poder ó á la riqueza, unos cuantos de los que jamas abandonaron á Barbachano, cargaron el ataúd y lo condujeron al cementerio. ¡Nadie hizo el elogio del castizo escritor; nadie lamentó la pérdida que el Estado acababa de experimentar con la muerte de Barbachano!

---

### BARCELÓ, José M.

---

El Sr. Dr. D. José María Barceló y Villagran nació en la ciudad de Querétaro el día 12 de Noviembre de 1819, hijo de Don Mariano Barceló y de Doña Josefa Villagran.

Hizo los estudios de gramática latina y artes en el Seminario Conciliar de México, y una vez que terminó el de filosofía se inscribió en la Escuela de Medicina, concluyendo su carrera en Enero de 1846. Para lograr su título profesional, Villagran tuvo que sufrir privaciones sin cuento: hijo de padres sumamente pobres, no pudieron éstos proporcionarle los recursos que necesitaba, y fueron su vocacion y su inquebrantable constancia las que le condujeron al término deseado. Estudiante aún, obtuvo la plaza de practicante menor en la sala de Cirujía de *presos* del hospital de San Andrés, que desempeñó hasta recibirse de médico. En seguida ascendió á practicante mayor del mismo hospital, sirviendo este empleo hasta 1847 en que ingresó en el cuerpo médico-militar en calidad de *médico auxiliar*.

En ese mismo año tuvo lugar la invasion infame de nuestro territorio por el ejército norte-americano, de que tantas veces hemos tenido que hablar en el curso de esta obra. Villagran,

en medio de las balas yankees, desafiando los peligros cumplió dignamente con su deber, socorriendo á los heridos, y no abandonó su puesto, y corrió la misma suerte de los soldados en la jornada de Churubusco (20 de Agosto). Cuando el jefe del ejército invasor le dejó en libertad, prosiguió él su nobilísima tarea, primero en el hospital de San Hipólito y despues en el que se estableció en el Hospicio de pobres.

En 1848 fué nombrado médico de cárceles y desempeñó ese puesto hasta 1857 en que se le separó de él por causas que no son del caso referir; pero que en nada afectaron su acrisolada reputacion. Durante la administracion del general Miramon ocupó el mismo puesto y á la vez la subdireccion de una sala del hospital de San Pablo. Ascendió á director en Junio de 1863 y se le encomendó la sala de Nuestra Señora de Guadalupe, que atendió hasta el día mismo de su muerte. En 1851 hizo oposicion á la plaza de adjunto á la cátedra de medicina operatoria en la Escuela Nacional de Medicina, y en virtud de la aprobacion del jurado, se le concedió el 17 de Marzo.

De 1863 á 67 suplió las cátedras de patología interna y externa, de anatomía descriptiva, de medicina operatoria y de clínica externa. En 1868 fué nombrado catedrático de anatomía general y topográfica, y murió desempeñándola.

Tambien se le nombró adjunto (1853) del Consejo Superior de Salubridad para cubrir la vacante que dejó el Dr. Carpio, y un rasgo de energía le hizo renunciar.

Tuvo por muchos años el cargo de médico de la Casa de niños expósitos, llamada *La Cuna*, hasta su muerte.

Varias *Memorias* científicas, debidas á su pluma y elogiadas por personas competentes, demuestran que el Dr. Barceló y Villagran no era un médico vulgar.

Siguiendo el sistema que hemos observado en el curso de esta série de biografías, de justificar con opiniones respetables nuestros propios juicios, vamos á citar aquí lo que acerca del mérito del profesor que nos ocupa dijo en sus apuntes biográficos el Sr. Dr. D. Juan María Rodriguez:

“Como médico de cárceles, sobresalió por las dotes y buenas

cualidades que el cielo le había concedido. En tan delicado encargo, el Sr. Villagran fué constantemente una brújula fiel, extraña á todas las influencias que seducen. Iluminó á los jueces, desvaneció sus dudas y les demarcó, sin separarse jamás ni una sola línea de la verdad, el grado de responsabilidad de los autores de los diversos crímenes que sujetaron á su apreciación médica; el valor legítimo, el valor real de sus desafueros. El encargo de médico de cárceles, como se sabe, es siempre penosísimo. En las acciones humanas que la ley sujeta al exámen de los tribunales, cuán prodigiosa es la variedad de casos! ¡Qué singulares complicaciones, cuántos enigmas por resolver, cuántos escollos por librar! Y para no atentar nunca en lo más mínimo contra la libertad, honra y vida de las gentes, por la temeridad en los juicios, para decidir atinadamente sobre los infanticidios, los asesinatos, los envenenamientos y las heridas, qué prodigiosa sabiduría, qué rara sagacidad, qué prudencia no debe tener el médico! Lleno de temor ante la perspectiva de tantos deberes, y para ponerse en estado de cumplirlos, el Sr. Villagran recordaba con ahinco lo que había aprendido de sus maestros, consultaba los mejores libros y se asustaba siempre del vacío y de la esterilidad de los autores. Por su austeridad y su prudencia, su crédito de médico-perito fué universalmente reconocido.

“En las enfermerías encomendadas á su cuidado era sumamente benéfico. Su dedicación incansable y su puntual asistencia le hicieron observador sagaz y profundo, y cirujano diestro y experimentado. Soñaba con el hospital de San Pablo, cual Dupuytren soñó con el Hôtel Dieu. A imitación de ese ilustre cirujano, jamás hizo el sacrificio de sus derechos, ni menospreció uno solo de sus deberes. Sólo su palabra interrogaba á los pacientes, sólo sus manos tocaban las de sus enfermos. Detenía en cada cama, exploraba, ordenaba, ejecutaba, iba y venía, silencioso, lleno de recogimiento y de respeto.

“Elogia Mr. Lamairé á Dupuytren porque estando enfermo, febricitante, icterico, le vió cumplir los deberes rigurosos que él mismo se había impuesto respecto de su asistencia al Hôtel Dieu.

¡Con cuánta mayor razón debe elogiarse al Sr. Villagran que concurrió al hospital de San Pablo hasta algunas horas ántes de morir, cuando no podía tenerse en pié, casi, cuando ya no podía escribir, ni llevar siquiera á la boca los alimentos y las bebidas!

“Como profesor de la Escuela de Medicina, nada dejó que desear. Para dar lleno á sus obligaciones no se conformó con lo que sabía; buscó con tesson nuevas fuentes donde beber, á costa de elucubraciones penosas, nuevos motivos de enseñanza. La luz del sol le sorprendía diariamente en el gabinete, defraudando á su sosiego el tiempo de que carecía para estudiar. En la clase realizaba su humildad; su modestia; su anhelo fué que sus discípulos le superasen. Véales como á hijos, oía sus reflexiones y les allanaba las dificultades inherentes al aprendizaje.

“La cátedra en que más brillaron los conocimientos del señor Villagran fué indudablemente la de *clínica quirúrgica*: exquisitos sentidos, mano firme, diestra, ligera: buen juicio formado en medio de la asidua contemplación de numerosos y variados hechos; en los peligros imprevistos, tranquilo y rico en recursos.

“Si descubrió poco, en compensación fué feliz perfeccionador. Tuvo la buena suerte de resolver satisfactoriamente algunos problemas quirúrgicos que en Europa no han podido ser resueltos todavía.”

Hasta aquí el Dr. Rodríguez, el biógrafo que ha salvado del olvido muchos de los nombres de los profesores mexicanos que han descendido á la tumba. Citaremos también algunas frases del Dr. Licéaga, en elogio del Sr. Barceló y Villagran.

“Ejerció—dice—su profesión, ilustrado por la ciencia y animado por la caridad. La rectitud en el juicio, la abnegación y el desinterés formaron el fondo de su carácter. Su larga práctica en los hospitales y su dedicación al estudio de la medicina operatoria le sugirieron nuevos procedimientos que, enriqueciendo la ciencia, perpetuarán su memoria y honrarán á nuestra Escuela. Su honradez sin tacha y su honorabilidad han contribuido á la buena aceptación del establecimiento en donde hemos recibido nuestra educación y en donde es tan justamente

sentida su muerte. Pero lo que realizaba en él, era la verdadera modestia, la humildad en el saber.”

“Avaro de palabras—dice el Sr. Servin—era de una prodigalidad sin tasa cuando se trataba de promover ó de llevar á cabo alguna mejora en provecho de la ciencia ó de la humanidad. Las publicaciones médicas de nuestro país y varias de las del extranjero, contienen muchas observaciones y trabajos notables suyos sobre diversos ramos de la profesion. Ciertas ideas prácticas sobre derrames torácicos, le son propias. En los hospitales se conocen instrumentos quirúrgicos inventados por él, muy ingeniosos y de verdadera utilidad en el arte. Hizo tambien modificaciones ventajosas en algunos procedimientos operatorios que debieran llevar su nombre.”

Podríamos todavía citar otras opiniones respetables en favor del modesto profesor queretano; pero juzgamos innecesario hacerlo.

El Dr. Barceló y Villagran falleció en México el dia 5 de Setiembre de 1872, pocos meses ántes de cumplir cincuenta y tres años. Ante su cadáver leyó el ilustre poeta Manuel Acuña una oda magnífica, de la que tomaremos algunas estrofas para rematar dignamente y hacer ménos árida la lectura de esta biografía:

.....aunque el abismo  
Le robe al mundo con tu cuerpo un hombre,  
Tú para el mundo seguirás el mismo  
Mientras viva el perfume de tu nombre.  
Por eso el sentimiento  
Que en torno á este ataúd nos ha reunido,  
No es el dolor hipócrita que al viento  
Lanza la inútil queja de un gemido;  
No es el pesar que apaga su lamento  
En el silencio ingrato del olvido,  
Sino el placer que brota y se levanta  
Sobre la eterna marca de tus huellas,  
Y que del himno que escribiste en ellas  
Hace el himno inmortal con que te canta.  
Venimos á ceñir sobre tu frente  
La corona de luz que tú querías;

A recoger para la fé naciente  
La llama que en tu espíritu escondías.....  
Y al mundo triste y de dolor cubierto  
Que aguarda que la tumba te devore,  
Venimos á decirle que no llore,  
Venimos á decirle que no has muerto.....  
Que hoy es cuando tú naces  
A la luz de la gloria y de la vida,  
Y hoy cuando te despiertas y cuando haces  
Tu entrada por la tierra prometida.  
Que en vez de ser testigos  
Del crepúsculo débil que se apaga,  
Los que hoy venimos á entregar un hombre  
Al antro de las sombras eternas,  
Venimos á encender en su desierto  
El sol que se alza de ese libro abierto  
Donde quedan tus hechos inmortales.

Hé allí la mejor corona del Dr. Barceló y Villagran. Uno de los últimos cantos de Acuña (que murió tres meses despues) pasará á la posteridad, como no pasará tal vez nuestro humildísimo trabajo, y perpetuará el nombre del profesor que mereció tan inspirada elegía.

### BARTOLACHE, José Ignacio.

El Sr. Dr. D. José Ignacio Bartolache nació en la ciudad de Guanajuato el dia 30 de Marzo de 1739, de padres tan pobres, que á costa de grandes sacrificios lograron dar á su hijo la instrucción primaria. El genio de Bartolache habria permanecido oculto y estéril si una persona generosa, descubriendo las grandes facultades de aquel jóven, no le hubiese conducido á México para que aquí hiciese su educación. En efecto, Bartolache entró al Colegio de San Ildefonso á estudiar la filosofía peripatética que era la que se cursaba en las aulas de aquel plantel. Circunstancias adversas para Bartolache le obligaron despues